

Carlos Taibo

Decrecimiento. Una propuesta razonada



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Carlos Taibo Arias, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-175-3
Depósito legal: M. 315-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prólogo
13	Justificación: el antropoceno
18	I. ¿Perspectiva, teoría, ideología?
30	II. La contestación del orden existente
46	III. Consumo y trabajo
63	IV. Los problemas que nos acosan
86	V. Qué defiende la propuesta del decrecimiento
119	VI. La vida social frente a la mercantilización
130	VII. Mujeres, cuidados, decrecimiento
137	VIII. Los países del Sur, ¿también tienen que decrecer?
157	IX. ¿En qué estadio se encuentra hoy la propuesta del decrecimiento?
172	X. Decrecimiento, crisis, capitalismo
192	XI. El colapso que se adivina
217	Notas
229	Bibliografía
245	Índice onomástico y de contenidos

Prólogo

En su esencia, la perspectiva del decrecimiento nos dice que si vivimos en un planeta con recursos limitados –y vivimos–, no parece que tenga mucho sentido que aspiremos a seguir creciendo ilimitadamente. Ello se antoja tanto más defendible cuanto que sobran las razones para concluir que hemos dejado muy atrás las posibilidades medioambientales y de recursos que la Tierra nos ofrece. Bastará con recordar al respecto que, según una estimación, la huella ecológica española se halla por encima de 3. ¿Qué significa este guarismo? Significa que para mantener las actividades económicas hoy existentes en España es necesario contar con un territorio al menos tres veces mayor que el disponible. En semejante escenario a duras penas sorprenderá que la propuesta del decrecimiento señale que los países ricos del Norte del planeta están obligados a reducir los niveles de producción y de consumo. Y están obligados a introducir, en parale-

lo, principios y valores muy diferentes de los que hoy aplicamos, y entre ellos los que reivindican la recuperación de la vida social que nos ha sido robada, el despliegue de formas de ocio creativo, el reparto del trabajo, la reducción de las dimensiones de muchas de las infraestructuras que empleamos, la restauración de un hábitat local maltrecho o, en fin, y en el terreno individual, la sobriedad y la sencillez voluntarias.

Este libro es una suerte de compendio de una docena de años de trabajo en la perspectiva del decrecimiento. Se trata de años en los cuales, dicho sea de paso, mis percepciones en lo que hace a materias importantes han ido cambiando. Me limitaré a proponer al respecto un ejemplo. Cuando empecé a trabajar en la perspectiva mencionada, por detrás se hallaba, aunque rara vez se expresase con claridad, la idea de que las herramientas que proporciona el decrecimiento debían permitirnos esquivar el riesgo de un colapso general del sistema en el que estamos inmersos. Con el paso del tiempo, y sin embargo, mi visión al respecto fue mudando sibilinamente. Y lo hizo para concluir que esas herramientas siguen siendo, sí, razonablemente útiles, en el buen entendido de que su utilidad se vuelca ahora en provecho de un proyecto distinto: el de permitir que aprendamos a movernos en el escenario posterior a un colapso que a los ojos de muchos se empieza a presentar insorteable. Las cosas como fueren, y extraigo una conclusión rápida de lo que acabo de decir, parece como si la perspectiva del decrecimiento y la teoría del colapso se ensamblasen armónicamente. Por detrás, y por añadidura, creo que muchos de los conceptos que desde tiempo atrás nos han otorgado cer-

tezas en nuestra aparente comprensión del mundo probablemente van a dejar de servirnos en un período de tiempo muy breve.

No es difícil dar cuenta, por lo demás, de los objetivos de esta obra. Los resumo así: explicar pedagógicamente qué defiende la perspectiva del decrecimiento, aportar datos en provecho de esta última, fundamentar filosóficamente su buen sentido y, tal vez, deshacer, al tiempo, algunos malentendidos. El resultado es, a mi entender, un manual introductorio que pretende abrir horizontes a otras lecturas y conocimientos. Si tengo que retratar de forma más rápida y sencilla lo que acabo de referir, confesaré sin rubor que en este trabajo se dan cita, por un lado, lo que suelo contar cuando me invitan a hablar sobre decrecimiento y, por el otro, un buen puñado de discusiones anejas que siguen a esos actos públicos. Supongo que no es preciso que agregue que mi aproximación al decrecimiento no es en modo alguno neutra. Por mucho que haya intentado refrenar mis querencias al respecto, nada sería peor que ocultar que hago mía la perspectiva del decrecimiento, de tal manera que lo que acometo aquí es, al cabo, lo que propone el título de esta obra: una justificación razonada de esa perspectiva.

Como el lector tendrá inmediatamente la oportunidad de comprobar, por las páginas de este libro pasan –y me ciño ahora al contenido de sus once capítulos– la condición teórica de la perspectiva del decrecimiento; la crítica del orden existente desarrollada por este último; las arduas disputas que suscitan el consumo y el trabajo; el relieve de problemas como el cambio climático, el agotamiento de las materias primas energéticas y la biodiversi-

dad; el contenido expreso de la propuesta decrecentista; la relación entre desmercantilización y vida social; las circunstancias, especiales, que afectan a la situación de las mujeres; el escenario propio de los países del Sur; el estado de la cuestión en lo que al decrecimiento se refiere; la relación entre éste y la lógica del capitalismo, y, en fin, la discusión relativa al colapso.

El texto resultante es una versión muy remozada de un libro que publiqué años atrás con el título *¿Por qué el decrecimiento? Un ensayo sobre la antesala del colapso* y que tuvo una desgraciada aventura editorial. Los cambios en relación con ese trabajo original han sido, de cualquier modo, muchos y han afectado a la corrección de errores, a la actualización, a menudo laboriosa, de buena parte de la información estadística, a la consideración de nuevos debates, a una sensible ampliación de las apreciaciones relativas a la teoría del colapso o, en fin, a la incorporación de discusiones como las que tienen la crisis del coronavirus como cimiento fundamental.

No me queda sino desear que el lector juzgue con ojos amables este texto y, por qué no, y si a bien lo tiene, decida sumarse, en paralelo, a las muchas gentes que han decidido pelear para que el planeta no se nos vaya definitivamente.

Justificación: el antropoceno

Antes de entrar en materia, me veo en la obligación de justificar aquí, de forma muy somera, la urgencia de acometer un debate como el que promueve la perspectiva del decrecimiento. Permítaseme que empiece recordando que, según una versión de los hechos que cada vez tiene más adeptos, hace tiempo que ha quedado atrás el holoceno, una etapa de unos doce mil años, de tal forma que desde 1800, y al amparo de la industrialización, una parte de la especie humana se ha convertido en una genuina fuerza geológica¹. La nueva era, el antropoceno, conforme al término ideado por Paul Crutzen, está marcada por una aguda modificación de los ciclos de la biosfera, por el maquinismo y el productivismo, y por la tecnología que los combustibles fósiles han permitido aprestar². Todos los rasgos de la biosfera se hallan, de resultas, en crisis, como lo testimonian los niveles de concentración atmosférica del dióxido de carbono, el óxido

nitroso y el metano, la degradación progresiva de la capa de ozono en la Antártida, los importantes cambios registrados en la temperatura en el hemisferio septentrional, la formidable multiplicación de las catástrofes naturales, la desaparición de muchas especies marinas, los graves daños registrados en las zonas costeras y en los bosques tropicales, o las agresiones sin cuento que padece la biodiversidad...³. Nos enfrentamos, o debiéramos hacerlo, a un reto inédito en la historia de la especie humana.

Stephen Emmott nos propone al respecto una reflexión sugerente. Imaginemos –dice– que la comunidad científica llegase a la conclusión firme de que en un día preciso del año 2072 un asteroide chocará con la Tierra y provocará la desaparición del 70 % de la vida presente en ésta. Parecería inevitable entonces que gobiernos, científicos, ingenieros, militares, universidades y empresas pusiesen manos a la tarea de buscar una fórmula que permitiese evitar la colisión o, al menos, mitigar sus efectos⁴. Pues bien: lo que tenemos ahora entre manos en mucho recuerda al ejemplo del asteroide, con dos diferencias. Si, por un lado, no podemos adelantar una fecha precisa para identificar la catástrofe, por el otro esta última es producto de la acción de la especie humana. Lo sorprendente, en cualquier caso, es que todas esas instancias que acabo de mencionar no parezcan especialmente preocupadas. Si el legado que nos ha sido entregado, y el que nos aprestamos a transmitir, es, en cualquier caso, muy delicado, nuestras posibilidades de desactivarlo se antojan limitadas, tanto más cuanto que, por lo común, lo hemos acogido como si fuese saludable o, al menos, inocuo. Acaso se trata de una secuela más de las reglas del

juego que imperan en lo que Chellis Glendinning describe como una sociedad traumatizada y traumatizante⁵.

Frente a ello, hay buenos motivos para colocar sobre la mesa la propuesta del decrecimiento que, sean cuales sean sus limitaciones, tiene la virtud de situar delante de nuestros ojos problemas, y soluciones, que la letanía política al uso prefiere ignorar. Jacques Ellul ha señalado al respecto que, al fin y al cabo, toda la actividad de nuestra sociedad parece obedecer al propósito de impedir la toma de conciencia con respecto a lo que en ella ocurre⁶. Importa, y mucho, que la perspectiva decrecentista se exprese de tal forma que quien la emite consiga escapar a la arrogancia del que cree saber lo que no saben los demás. Y conviene alejar esa propuesta, también, de la posición de quien desea imponer a los demás lo que tal vez no desean. Lo que necesitamos es, antes bien, un formidable, y difícilísimo, ejercicio de diálogo que aspire a seducir y despertar conciencias.

Parto de la firme convicción de que la perspectiva decrecentista es tanto más sugerente en un escenario indeleblemente marcado por las numerosas crisis que nos atenazan. Con el colapso en el horizonte, nos dice en sustancia dos cosas: que en el Norte rico no nos queda más remedio –ya lo he señalado– que decrecer y que viviremos mejor, liberándonos de muchas ataduras, si lo hacemos. En palabras de François Partant, «no se trata ya de preparar un futuro mejor, sino de vivir de otra forma el presente»⁷. Naturalmente que esa apuesta en modo alguno puede desplegarse a costa del abandono de las luchas de siempre en provecho de la justicia y de la igualdad. Eso es lo que están demostrando día a día muchos

de los espacios autónomos que han acabado por germinar de la mano de una orgullosa apuesta por la autogestión y por la desmercantilización. Me limitaré a señalar ahora que, desde mi punto de vista –admito de buen grado que es discutible–, el auge de las prácticas decrecentistas se registra en paralelo con el de las libertarias: unas y otras coinciden a menudo en su defensa de una sociedad organizada, autogestionariamente, desde abajo y en su crítica de muchos de los atavismos de una izquierda institucional lastrada por el cortoplacismo, el productivismo y la aceptación general, retórica aparte, de la lógica del sistema imperante.

Anoto aquí, en fin, mi convicción de que muchas disputas están cambiando de perfil. Bastará con que recuerde que durante mucho tiempo, cuando los decrecentistas han tenido que debatir sobre el contenido de su propuesta, o sobre otras afines, con gentes que defendían a carta cabal ese sistema que acabo de mencionar, se han topado casi siempre con la misma réplica: lo que decís es muy hermoso, pero salta a la vista que seríais incapaces de garantizar que los niveles actuales de producción, y de crecimiento, se mantengan. Forzoso es reconocer que esos detractores llevan razón, por cuanto lo último que los decrecentistas desearían conseguir es preservar tales niveles. No desean, en otras palabras, asumir ninguna exhibición de capacidades que remiten a la interesada confusión entre bienestar y felicidad, por un lado, y producción, consumo y crecimiento, por el otro. Reclaman, antes bien, una ruptura radical, no sólo con las relaciones materiales hoy imperantes, sino también con la trama mental que las rodea.

Cuenta Jacques Ellul que un buen día departió un rato con el responsable de seguridad de una central nuclear. Tras reconocer su interlocutor que había problemas no resueltos en ese ámbito, agregó: «Después de todo, es bueno que dejemos a nuestros hijos problemas por resolver»⁸. Lo están haciendo –lo estamos haciendo– a conciencia.

I. ¿Perspectiva, teoría, ideología?

Tiene sentido que, antes de entrar propiamente en materia, proponga una reflexión sobre el término «decrecimiento» y sobre otros vocablos afines, y discuta al tiempo cuál es la condición de la propuesta correspondiente. ¿Nos hallamos ante una ideología, ante una teoría o, de manera más modesta, y como se defiende en estas páginas, ante una mera perspectiva? Procuraré explicar, también, por qué a los ojos de muchas personas el decrecimiento configura una propuesta muy atractiva.

1. Mucho se ha discutido sobre la idoneidad de la palabra «decrecimiento». ¿Es la que mejor retrata la propuesta correspondiente o, por el contrario, arrastra demasiados problemas que enturbian la percepción de lo que esa propuesta nos dice? La disputa en cuestión la protagonizan, en lugar privilegiado, gentes que afirman

simpatizar con el grueso de las ideas que promueven los círculos decrecentistas, pero se sienten incómodas ante el vocablo general que se emplea para cubrirlas.

Salta a la vista que, a la hora de retratar realidades complejas, no hay ningún término perfecto. Aun así, conviene guardar las distancias con respecto a determinadas lecturas «emocionales» de lo que acarrea el vocablo «decrecimiento». Es muy común que se subraye, por ejemplo, que este último tiene una clara connotación negativa. Al fin y al cabo, si a la expresión «crecimiento personal» se le suele atribuir un carácter saludable, ¿cómo habríamos de aceptar que lo que parece ser su contrario —el decrecimiento— sea portador de esa misma condición? Señalaré, antes que nada, que el ejemplo que recojo tiene un alcance limitado. Paul Ariès ha tenido a bien subrayar que el «crecimiento personal» se inserta a la perfección en la ideología «crecentista», toda vez que las más de las veces entra en confrontación con la noción de que el ser humano es limitado, de manera que aboca, de resultas, en un intento de romper los límites en cuestión. Michel Lepasant resume así el argumento de Ariès:

El gusto por el crecimiento es una especie de pasión (metafísica) por lo ilimitado, pasión (psicológica) que parece revelar un temor: el del límite natural por excelencia, que no es otro que el de la muerte natural¹.

No es verdad, por lo demás, que los sustantivos, o los verbos, empezados por *de-* o por *des-* tengan siempre un sentido negativo. El propio Lepasant ha señalado que prefiere el equivalente francés de «debatir» (*débattre*) al

correspondiente a «batirse» (*se battre*)². Por su parte, Serge Latouche recuerda, en paralelo, que la decrecida de un río es un fenómeno provechoso, de la misma forma que lo es un ejercicio encaminado a posibilitar que la economía regrese a su cauce³. Tampoco es cierto, en suma, vistas las cosas desde el otro lado del espejo, que a la palabra «crecimiento» correspondan significados siempre saludables. Maurizio Pallante apostilla que no parece precisamente saludable el crecimiento de los tumores, el de la deuda, el de la fiebre, el de la concentración de CO₂ en la atmósfera o el de las basuras en las calles⁴.

Creo que es lícito albergar la sospecha de que por detrás de muchas de estas discusiones lo que se aprecia a menudo es una obsesión por recuperar, o por forjar, términos que se antojan seductores y atractivos, en franco olvido –volveré ahora mismo sobre el argumento– de lo que acaso es más eficiente: lo provocador⁵. Así las cosas, tal vez conviene plantar cara a la extendida opinión que sugiere que lo que debemos hacer es ofrecer, en todo momento y lugar, palabras y propuestas agradables y no conflictivas.

2. Claro que en ocasiones las disputas discurren por otros caminos, como lo testimonia la aseveración, relativamente frecuente, que sugiere que el término «decrecimiento» reproduce en exceso la mitología cuantitativa de su opuesto: el crecimiento. Admitiré de buen grado que, en su estricta literalidad, la palabra «decrecimiento» bien puede provocar esa impresión, algo que vendría a justificar que el ya mentado Latouche en ocasiones se haya mostrado dispuesto a reconocer que, para describir

la propuesta correspondiente, es más idóneo –aunque, agrego yo, visiblemente menos atractivo– el vocablo «acrecimiento». Mi impresión, con todo, es que en este caso, y aun reconociendo los equívocos que acompañan a la palabra «decrecimiento», lo que importa es subrayar que este último en modo alguno es equivalente a un «crecimiento negativo». Dejemos hablar al propio Latouche:

El proyecto de una sociedad del decrecimiento es radicalmente diferente del crecimiento negativo. El decrecimiento remite a una salida de la sociedad de consumo. En último extremo podrían oponerse el decrecimiento *elegido* y el decrecimiento *padecido*. El primero es comparable a una cura de austeridad asumida voluntariamente para acrecentar el bienestar, mientras el hiperconsumo nos amenaza con la obesidad⁶.

Comoquiera que volveré en su momento sobre el argumento, me contentaré ahora con señalar lo que parece evidente: aunque desde la perspectiva del decrecimiento, y como reza la palabra, hay una reivindicación expresa de que determinadas realidades decrezcan, también se registra una demanda encaminada a garantizar que otras crezcan, algo que –lo asumiré sin dobleces– no se ajusta fácilmente al molde de la caja que promueve el término que solemos utilizar para retratar esa perspectiva. Conviene dejar claro, con todo, que el decrecimiento reclama con rotundidad un retroceso material, físico, en muchas actividades, y que, en ese sentido, la propuesta a duras penas queda cabalmente retratada de la mano del verbo «acrecer»: en muchos ámbitos hay, con certeza,

que dar marcha atrás. Basta con echar una ojeada a las huellas ecológicas, desbocadas, de Estados Unidos, de Canadá, de la Unión Europea o de Japón para percatarse de que también existe una dimensión estrictamente numérica, cuantitativa, en la perspectiva del decrecimiento.

Retomo ahora, de cualquier modo, una defensa expresa de la idoneidad del término «decrecimiento», como es la que subraya su sugerente vocación de provocación. Al calor de ésta han cobrado cuerpo muchas discusiones que han tenido un efecto iluminador a duras penas imaginable en el caso de otros términos alternativos. Tal vez por ello se entiende a qué se refieren muchos activistas de los movimientos ecologistas cuando confiesan que, una vez han decidido cubrir con la palabra «decrecimiento» los conocimientos que manejan desde hace decenios, el número de personas a las que han conseguido atraer se ha multiplicado sensiblemente. Al respecto, Ariès ha identificado en el vocablo «decrecimiento» una «palabra-obús», y no un concepto científico. Yo, por mi parte, y de forma menos seria, me contentaré con agregar que años atrás, cuando lo del decrecimiento tenía entre nosotros una presencia muy liviana, se me ocurrió teclear la palabra correspondiente en un buscador informático para recibir inmediatamente una respuesta llamativa: «¿No estará usted equivocado? ¿No habrá querido teclear, por un lado, “de”, y, por el otro, “crecimiento”?»». Mi conclusión fue firme: si el buscador en cuestión nos disuadía de emplear el término «decrecimiento», algo estábamos haciendo bien.

De regreso al mundo de la seriedad, concluiré que, aun cuando creo que importa más, mucho más, el acuer-

do en lo relativo a lo que materialmente hay que defender, y mucho menos, en cambio, el que se refiere a las palabras que debemos utilizar para describir lo que postulamos, a título provisional lo del «decrecimiento» tiene muchas más ventajas que inconvenientes.

3. Obligado me siento a agregar que, al margen de lo que acabo de argumentar, no parece que los términos que a menudo se han esgrimido como presuntas alternativas al de «decrecimiento» aporten ventajas incontestables. Bien es cierto que en muchos casos –no en todos– la discusión es otra, toda vez que esos términos de los que hablo remiten a propuestas distintas de la del decrecimiento.

Estoy pensando, en primer lugar, en un puñado de conceptos que, pese a estar muy relacionados con la perspectiva decrecentista, en modo alguno abarcan la totalidad de lo que esta última desea retratar. Es el caso de vocablos como los que invocan la «convivencialidad», la «sencillez voluntaria» o la «sobriedad», o de expresiones que, aunque razonablemente felices, tienen escasa presencia entre nosotros; ahí está, para testimoniarlo, y es un ejemplo entre otros, la que habla de «objetores al crecimiento». Pero es el caso también del vocablo «ecosocialismo». Aunque en muchas ocasiones las propuestas que emanan de este último son difíciles de distinguir de las que surgen del cuerpo orgánico del decrecimiento –supongamos que existe tal cuerpo–, resulta fácil imaginar cuáles son las disputas que suscita un concepto que coloca en su núcleo la palabra «socialismo», objeto de polémicas sin cuento en el transcurso de los dos últimos siglos.

Aun con todo, muchas de las discusiones que se refieren a posibles alternativas, terminológicas y materiales, al decrecimiento tienen como núcleo un concepto, el de «desarrollo», que exhibió en tiempos un carácter aparentemente benigno, más o menos alejado de los espasmos cuantitativos del «crecimiento». Parece inevitable concluir, sin embargo, que con el paso de los años ese concepto ha terminado inequívocamente en manos de los tecnócratas y su discurso. Anne Frémaux nos recuerda que estamos ante un vocablo inteligentemente perfilado, en la medida en que se hace acompañar de percepciones positivas: el bienestar, la armonía, la vida sana, el progreso, la democracia... Pero en su despliegue material no sólo exhibe muchos de los rasgos cuantitativos, y abrasivos, del crecimiento: ha participado activamente, más aún, en el asentamiento de una lógica colonial que ha procurado, con razonable éxito, y al tiempo, encubrir. En las últimas décadas los gobernantes norteamericanos se han servido de la parafernalia del «desarrollo» para, de la mano del aparente designio de acabar con el sufrimiento de poblaciones enteras, y de levantar el nivel de vida de éstas, apuntalar hasta en el último rincón del planeta la voluntad hegemónica de Estados Unidos⁷. En los hechos el «desarrollo» ha asumido la forma de una imposición ejercida sobre los países «subdesarrollados» o «en vías de desarrollo».

Aunque algunos estudiosos como Eduardo Gudynas se inclinan por defender, en suma, el vocablo «posdesarrollo» como alternativa al término «decrecimiento», no parece que esa propuesta tenga muchos visos de prosperar. Si, por un lado, los conceptos que empiezan por *pos-* tie-

nen de origen una condición equívoca –no siempre queda claro si lo que reivindicamos es una herencia o el desigmo de tirar por la borda lo que sigue–, por el otro, y a mi entender, lo de «posdesarrollo» se vincula antes con una discusión académico-culta que con un concepto utilizable de forma fluida en los debates cotidianos.

4. No tengo intención alguna de negar la posibilidad de perfilar una «teoría del decrecimiento». No hay, en otras palabras, ninguna razón de peso que invite a recelar de semejante posibilidad. Pero, con propósitos diferentes, y en virtud de razones que inmediatamente explicaré, prefiero hablar, de forma más modesta, de la «perspectiva» o del «enfoque» del decrecimiento.

Hay personas que conciben el decrecimiento como una teoría que permitiría encarar todos los problemas y que, de resultas, bien podría considerarse, en los hechos, una suerte de «ideología» que operaría en pie de igualdad con tantas otras. Al decrecimiento le correspondería entonces una condición similar a la que comúnmente atribuimos al liberalismo, al marxismo, al nacionalismo o al anarquismo. Dejaré claro que no veo las cosas en esos términos. Al tratarse de una perspectiva o de un enfoque, creo que hay que asignar al decrecimiento un papel más modesto –a duras penas sus herramientas darían para más–, como agregado a ideologías como las mencionadas, o al menos a algunas de ellas. En esas condiciones, quien escribe estas líneas, que no tiene mayor problema en autodefinirse como libertario –a la europea, no a la norteamericana–, prefiere que se le identifique como un «libertario decrecentista», y no como un «decrecen-